

Daniel Innerarity

Una teoría de la democracia compleja

Gobernar en el siglo XXI



Galaxia Gutenberg

Daniel Innerarity

Una teoría de la democracia compleja

Gobernar en el siglo XXI

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.^a
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: enero de 2020
Cuarta edición (primera en este formato): marzo de 2022

© Daniel Innerarity, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Ulzama digital
Depósito legal: B 5868-2022
ISBN: 978-84-19075-72-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Elena, que sabe hacer compatible
en la práctica lo que intenta este libro en la teoría:
ni la sencillez equivale a simplicidad ni la
complejidad es sinónimo de complicación*

Prefacio

Ningún itinerario biográfico es el resultado de una planificación; la coherencia intelectual es, en buena medida, reconstructiva. Afirmaba Schopenhauer que las justificaciones racionales suelen ser reconstrucciones interesadas *a posteriori*, donde las cosas cuadran sospechosamente bien y no hay ni desvíos ni improvisaciones. No sería sincero si afirmara que este libro es el resultado de una intención formulada expresamente hace veinte años, pero sí que estoy en condiciones de asegurar que responde a una inquietud nacida en aquellos momentos y que ahora puedo formular de esta manera. Hoy me doy cuenta de que esto es lo que quería llevar a cabo entonces. Podría situar en el año 2000 el comienzo de una preocupación que se tradujo en una inquietud obsesiva. La política en su actual formato y con su andamiaje ideológico al uso me parecía completamente inadecuada para gobernar el mundo contemporáneo. Numerosos acontecimientos que no es necesario inventariar ahora estaban convirtiendo a muchas de nuestras categorías políticas en conceptos inservibles. Este desfase exige una transformación de la política en la línea de ponerla a la altura de la complejidad del mundo en que vivimos. En este periodo de tiempo he ido publicando una serie de libros que hoy puedo encuadrar en el proyecto general de pensar una democracia compleja para gobernar las sociedades del siglo XXI. Lo he ido haciendo desde una intuición básica que se fue traduciendo en el análisis de una triple complejidad: la del tiempo, la del espacio y la del conocimiento, concretada después en la complejidad propia de una entidad po-

lítica tan peculiar como la de la Unión Europea. Los libros a los que me refiero son: *La transformación de la política, El futuro y sus enemigos, Un mundo de todos y de nadie* y *La democracia en Europa*.¹ De hecho, este libro recoge y remite a diversos lugares de aquellos. Como todas las cosas que se complican y enredan, me atrevo a aventurar que esto continuará porque los nuevos escenarios planteados por la digitalización, la robotización y la inteligencia artificial, aquí apenas esbozados, nos siguen suministrando misterios fascinantes a quienes tratamos de pensar las nuevas formas políticas que deberán adoptar las sociedades democráticas.

Durante estos veinte años he tenido la suerte de investigar en varios centros de diversas partes del mundo y sin esas estancias este libro no habría sido posible o tendría otra forma. Quisiera mencionar expresamente al Instituto Max Planck de Heidelberg porque allí terminé de escribirlo, y a su director, Armin von Bogdandy, quien me ofreció su generosa y liberal hospitalidad intelectual. La redacción final de este libro le debe mucho a la revisión atenta y generosa de María Cifuentes, verdadera defensora del lector frente a las erratas y los tecnicismos innecesarios. Quienes lo lean, deberían agradecerse tanto como yo.

Heidelberg, 1 de agosto de 2019

1. *La transformación de la política*, Barcelona, Península, 2002; *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*, Barcelona, Paidós, 2009; *La democracia del conocimiento*, Barcelona, Paidós, 2011; *Un mundo de todos y de nadie: piratas, riesgos y redes en el nuevo desorden global*, Barcelona, Paidós, 2013; *La democracia en Europa*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017.

I

Introducción: complicar la democracia

«Una idea falsa, pero clara y precisa, tendrá más poder en el mundo que una idea verdadera y compleja».

ALEXIS DE TOCQUEVILLE 1935, 126

«Y si hay alguna conclusión que me gustaría evitar especialmente es la conclusión estéril de que una política virtuosa debería buscar la simplicidad y disolver la ambivalencia y ambigüedad de nuestra política o, al menos, una fórmula bajo la cual pudieran ser vencidas».

MICHAEL OAKESHOTT 1996, 20

La principal amenaza de la democracia no es la violencia ni la corrupción o la ineficiencia, sino la simplicidad. Nadie diría que la simpleza, con ese aire de inocente descomplicación, puede actuar de manera tan corrosiva sobre la vida política, pero en ocasiones los enemigos menos evidentes son los más peligrosos. Mi proyecto de elaborar una teoría de la democracia compleja se plantea precisamente como una crítica de esa «rebelión contra la complejidad» (Sloterdijk 2016, 97) que caracteriza al tipo de política dominante en las sociedades contemporáneas. Ciertos conceptos y comportamientos políticos ponen de manifiesto una «aversión hacia nuevas experiencias e informaciones sobre la realidad social y política» (Arzheimer / Falter 2002, 89). La uniformidad, la simplificación y los antagonismos tos-

cos ejercen una gran seducción sobre aquellos que no toleran la ambigüedad, la heterogeneidad y plurisignificación del mundo, que son incapaces de reconocer de manera constructiva la conflictividad social (Backes 2006, 240). En su forma actual, la práctica política constituye una capitulación ante lo complejo, en lógica correspondencia con el hecho de que tampoco la conceptualización de la filosofía política está a la altura de la complejidad social. Se requiere otra forma de pensar la democracia y otro modo de gobernar si es que sigue teniendo sentido aspirar a que la democracia sea compatible con la realidad compleja de nuestras sociedades.

Este libro se dirige a quienes no creen en las respuestas simples, pero tampoco quieren desesperar ante la complejidad de los problemas. Puede que sea un tanto exagerado aquel lugar común según el cual no hay nada más práctico que una buena teoría; podemos estar seguros, sin embargo, de que nada hay menos práctico que la mala teoría o la falta de teoría, es decir, el déficit de comprensión de lo que está pasando cuando la realidad social ha cambiado hasta el punto de resultar ininteligible si uno la divisa desde los antiguos conceptos. Después del «giro cognitivo» o *ideational turn* de la teoría política en los años noventa (Blyth 1997), cabe afirmar que la democracia vive actualmente un «momento teórico» que responde a la necesidad de volver a pensarla en unas circunstancias que contrastan notablemente con aquellas que dieron origen a la mayor parte de su marco categorial. Podría estar ocurriendo que lo que fueron en su momento «ficciones útiles» se hayan convertido en «simplificaciones confusas» y que la más prometedora renovación de nuestras democracias sea el resultado de hacerlas más complejas (Rosanvallon 2006), en consonancia con una realidad que ha dejado de encajar en las viejas simplificaciones. Y cuando aquello sobre lo que se ha de teorizar es la democracia no basta con que el resultado sea verdadero; es necesario que sea además inteligible, pero también que responda a las expectativas normativas que se contienen en la inven-

ción democrática y los valores nucleares de esta forma de organización de la convivencia humana. Porque es posible que una parte de nuestra desafección política tenga algo que ver con el hecho de que entendemos muy poco nuestro tiempo, cómo funciona esta sociedad y cuáles son nuestras posibilidades de acción en ella.

La simplicidad que critico tiene dos versiones: como inadecuación conceptual y como instrumento ideológico, es decir, como un asunto teórico y como un problema práctico. En un caso se trata de falta de adaptación a las transformaciones del mundo contemporáneo, mientras que en el otro me refiero a un conjunto de prácticas políticas que –tal vez debido a que no han sido precedidas por una renovación conceptual– agravan esa penuria configurando el combate político como una simplificación interesada. La renuncia a la sofisticación teórica da lugar a una práctica política que beneficia a quien mejor se maneja en el combate por la simplificación, aunque de este modo no se aporte ninguna claridad e incluso se dificulte la inteligibilidad de lo que realmente está en juego.

1.1. UN DESFASE TEÓRICO: VIEJOS CONCEPTOS, NUEVAS REALIDADES

En el primer caso, el simplismo procede de la falta de actualización de nuestros conceptos políticos que fueron pensados en una época de relativa simplicidad social y política, antes de los grandes conflictos sociales que inauguraron el mundo contemporáneo, con sociedades relativamente homogéneas que no conocían el actual pluralismo cultural y político, con tecnologías muy poco sofisticadas si las comparamos con las que actualmente empleamos, en medio de unas condiciones de gobierno relativamente simples, con espacios autárquicos y desconectados. Tal vez no haya mejor síntesis de esta simplicidad que la formulada por Rousseau en sus *Considérations sur le gouvernement de Pologne*

escritas en 1772: los pequeños estados «prosperan precisamente porque son pequeños, porque los jefes pueden ver por ellos mismos el mal que se hace y el bien que tienen que hacer, y porque sus órdenes se ejecutan delante de sus ojos» (Rousseau 1974, 970). Las ideas de legitimidad, soberanía, representación o autoridad respondían a esta simplicidad donde no había espacio para la interdependencia, inabarcabilidad y aceleración que caracteriza a nuestras actuales democracias. O pensemos en la idea de John Stuart Mill de que la sociedad debe ser concebida como la mera suma de sus individuos, sus acciones y pasiones individuales. El efecto que cualquier combinación de los fenómenos sociales pueda tener corresponde exactamente a la suma de los efectos individuales de dichas circunstancias (Mill 1974, 879). Un pensamiento de este estilo no podía imaginar las lógicas emergentes de la sociedad y las interacciones que la atraviesan, propiedades que no se explican desde la simple agregación de acciones individuales.

Las sociedades ya no son así, pero el marco categorial continúa como si lo fueran. Ese desfase de la teoría política tiene mucho que ver con una evolución de la sociedad, de la ciencia, de los distintos subsistemas sociales, que no ha sido acompañada con la correspondiente renovación de las categorías políticas. Pensemos en la evolución de la ciencia durante estos años. Ciencia moderna y democracia moderna eran empresas íntimamente relacionadas. El mundo calculado por Newton o Laplace era el mismo que aquel cuyo gobierno formularon Rousseau o Adam Smith. Era la época de la visión mecánica del mundo, de la ciencia moderna y sus categorías epistemológicas. No es de extrañar, por tanto, que los conceptos básicos de la teoría política procedan de una física social elaborada con las categorías mecanicistas del mundo natural. De esta concepción del mundo han salido, por ejemplo, la visión realista de las relaciones internacionales, la interpretación funcionalista de la integración europea o las prácticas de los planificadores urbanos. Edgar Morin (2014) ha sido uno de los pioneros en señalar que ese

ya no es nuestro mundo y en teorizar acerca de las ciencias de la complejidad. Ocurre además que, mientras la ciencia ha cambiado buena parte de sus paradigmas, los conceptos centrales de la teoría política no han llevado a cabo la correspondiente transformación. Nuestros modelos de decisión, previsión y gobierno siguen estando basados en unos criterios de verosimilitud que no se cumplen en las condiciones de una intensa complejidad. Cada vez es más evidente la escasa utilidad de viejos instrumentos concebidos para espacios delimitados y para tiempos lentos y sincronizables.

Pensemos en la evolución de las metáforas que nos han ido sirviendo para explicar el funcionamiento de las sociedades: en el siglo XVIII, la construcción política se imaginaba según la lógica de aparatos mecánicos como relojes y balanzas, en el XIX, con organismos, y, en el siglo XX, con funciones y estructuras (con sistemas cibernéticos). ¿Tenemos hoy una teoría política a la altura de la complejidad que describen las ciencias más avanzadas? La neurología, por ejemplo, nos está surtiendo actualmente de visiones y conceptos en relación con los cuales nuestras formas vigentes de gobierno aparecen como simplificaciones inadecuadas. No parece posible que seres humanos dotados de tal sutileza neuronal se organicen políticamente de una manera tan rudimentaria.

Son simples aquellas interpretaciones de la realidad que ofrecen explicaciones lineales, binarias o moralizantes y que sobrevaloran las propias capacidades de intervención sobre ella, que desconocen la dimensión trágica y cómica de las cosas, es decir, la interferencia de principios y valores que se solapan y desplazan, combaten entre sí o hacen las paces en un equilibrio inevitablemente precario. Las soluciones simples suelen producir una distensión momentánea de la perplejidad y los conflictos, pero acaban empeorando las cosas, en el plano del conocimiento y de la acción, disminuyendo nuestra capacidad cognitiva y nuestras opciones prácticas. Cuando una filosofía política excesivamente normativa antepone las categorías morales a la sutileza analítica; cuando la unidad colectiva deja de pres-

tar atención a las lógicas de pluralización y exclusión; cuando la teleología histórica se da por supuesta sin registrar los fenómenos de disipación y pseudomovimiento, entonces lo que tenemos es una teoría con escasez de observación, un normativismo enfrentado a un mundo que no comprende, que compensa su penuria analítica con la prescripción.

Se podría formular este drama, que de entrada es teórico, en los términos de una pregunta inquietante acerca de la capacidad de la filosofía política a la hora comprender la complejidad del mundo actual y proporcionar algún tipo de orientación para gobernarlo. ¿Son capaces nuestras instituciones de «gobernar un mundo con una complejidad increíblemente creciente» (Skolnikoff 1976, 77)? ¿Puede sobrevivir la democracia a la complejidad del cambio climático, de la inteligencia artificial, los algoritmos y los productos financieros (Schneider 2009)? ¿O hemos de concluir resignadamente que esa complejidad constituye una verdadera amenaza para la democracia (Dahl 1994, 337)? Si no pudiéramos entender y gobernar democráticamente esas nuevas realidades, careceríamos de argumentos frente a quienes prometen una eficacia que supuestamente se conseguiría prescindiendo de los requerimientos democráticos.

La complejidad no es un hallazgo reciente y cuenta con desarrollos muy notables en varios ámbitos científicos. Hay investigaciones parciales que han analizado ámbitos de la complejidad en la sociología (Page, Watts), en la economía (Arthur, Foley, Kirman, Gintis), en la ciencia política (Rodrik, Hausmann, Axelrod), en el urbanismo (Batty, Portugali), en la psicología (Kahnemann) o el *management* (Weick, Senge), pero apenas se ha aplicado la perspectiva de la complejidad a la filosofía política. Está por elaborarse una teoría de la democracia compleja, lo que no es un mero desafío intelectual sino una aportación que podría resolver buena parte de los dilemas de nuestras sociedades democráticas. Entender la lógica de los asuntos complejos no asegura que

seamos capaces de gobernarlos, pero podemos adivinar que sin una teoría adecuada a su complejidad cometeremos muchos errores prácticos.

1.2. PRÁCTICAS E IDEOLOGÍAS DE LA SIMPLIFICACIÓN

Si pasamos de la teoría a la práctica, nos encontramos con que la incapacidad de concebir una política compleja se corresponde con la de llevarla a cabo de un modo que no la simplifique ni empobrezca. Esta segunda categoría del simplismo es pragmática y obedece a una estrategia intencional para esquematizar el campo político en beneficio propio. Nuestros sistemas políticos no están siendo capaces de gestionar la creciente complejidad del mundo y son impotentes ante quienes ofrecen una simplificación tranquilizadora, frente a aquellos «*terribles simplificateurs*» de los que hablaba el historiador Jacob Burckhardt (1922), aunque sea al precio de una grosera falsificación de la realidad y no representen más que un alivio pasajero. Hay multitud de ejemplos prácticos de esa reducción indebida de la complejidad. Quien hable hoy de límites, responsabilidad, intereses compartidos tiene todas las de perder frente a quien, por ejemplo, establezca unas demarcaciones rotundas entre nosotros y ellos, o una contraposición nada sofisticada entre las élites y el pueblo, de manera que la responsabilidad y la inocencia se localicen de un modo tranquilizador. El énfasis en las propiedades personales del líder político es una simplificación útil que parece recuperar la inteligibilidad de lo político y acentúa su valor de entretenimiento. La creciente significación del carisma (y su correspondiente fugacidad) es un indicativo de que el momento personal representa una huida frente a la complejidad de las cosas (Grande 2000). Otra capitulación ante la complejidad que genera una gran atracción es maximizar la categoría de la eficacia del sistema político, generalmente en clave económica, aunque esto ven-

ga acompañado de una elocuente renuncia a reflexionar desde la perspectiva de la justicia acerca de los criterios por los que calificamos como eficaz a un tipo de resultado. Entre las cosas que hacen más soportable la incertidumbre, nada mejor que la designación de un culpable que nos exonere de la difícil tarea de construir una responsabilidad colectiva. Poco importa que muchos candidatos propongan soluciones ineficaces para problemas mal identificados con tal de que todo tenga la nitidez de un muro, se haya designado un culpable absoluto o sea tan gratificante como para saberse parte de un nosotros incuestionable.

Desde el punto de vista ideológico, la principal consecuencia de esta renuncia a la complejidad es el establecimiento de una gran ruptura, una insostenible división del trabajo entre el principio de realidad y el principio de placer, entre la descripción de la realidad y el plano normativo, entre tecnocracia y populismo, entre quienes se ocupan de que las cosas funcionen y quienes únicamente parecen interesados en cómo *deberían* funcionar. La escisión de las razones tecnocráticas y las razones populistas, que contraponen efectividad y democracia (Dahl 1994; Scharpf 1999; Moore 2017), es la gran quiebra que caracteriza a nuestras sociedades democráticas y configura hoy en día el principal eje de antagonismo político. La consagración de esta ruptura viene a ser el resultado de aquel debate acerca de la compatibilidad entre democracia y complejidad que tuvo lugar a finales de los años sesenta del siglo pasado (Naschold 1968 y 1969; Luhmann 1969). Se trata de un marco que obliga a elecciones trágicas no solo desde el punto de vista de nuestras convicciones democráticas, sino también para la eficacia de nuestros sistemas de gobierno: quien se desentiende de la complejidad termina gobernando ineficientemente, pero quien solo se deja guiar por criterios técnicos olvida las obligaciones de legitimación, y en ambos casos se acaba lesionando tanto las exigencias de la eficiencia como las de la democracia.

Algo similar puede verse en nuestras principales construcciones ideológicas: las distinciones izquierda-derecha,

conservador-progresista, élite-pueblo, transformación-conservación proporcionan más orden en el mundo del que corresponde a una adecuada descripción de su complejidad y sus contradicciones. Se podría decir que explican demasiado poco porque explican demasiado, porque ordenan, categorizan y simplifican más de lo que la complejidad de las cosas permite. Son distinciones que obedecen a una necesidad de orientación que capitula ante una sociedad diferenciada y compleja.

Los principales grupos que configuran nuestro paisaje político –la izquierda socialista, la derecha conservadora, los liberales individualistas– mantienen por lo general un andamiaje ideológico que no está en consonancia con la complejidad social ni con cómo conciben sociedad e individuo, transformación y conservación, ni con sus objetivos ni con sus métodos de intervención. La izquierda maneja la metáfora de la transformación para superar la crisis del capitalismo. El capitalismo equivaldría a la sociedad en su conjunto, entendida como un objeto identificable y disponible que se puede manejar desde el poder político. La izquierda suele suponer que el mundo se puede describir con objetividad y que nuestra actuación sobre él está regida por causalidades que vinculan directamente las acciones con los efectos. La perspectiva conservadora es más realista, en el sentido de que cuenta con la dinámica propia del sistema sobre el que –a su juicio– tan escasamente se puede intervenir. En un contexto tan dinámico como el de la sociedad contemporánea, la pasividad es un modo de actuar, una ideología que se presenta como carente de ella, pero implica una dimisión frente a los problemas que únicamente pueden empeorar cuando no se hace nada. En su vertiente cultural, los conservadores apelan a un tipo de homogeneidad social y a unos valores que no corresponden a la heterogeneidad y el pluralismo de las sociedades contemporáneas. Y los liberales tienen un concepto de individuo, de mercado y de elección racional (*rational choice*) que parece desconocer dimensiones de la complejidad social como la inserción de los sujetos en los sistemas, los condicionamien-

tos estructurales de nuestras decisiones o la gran cantidad de intervenciones que es preciso llevar a cabo para que funcione esa institución del mercado de la que tienen una concepción reduccionista.

Para que estas ideologías representen opciones útiles a la hora de gobernar la sociedad actual es necesario que se conciben de una manera más sofisticada y que consideren otros medios de intervención más acordes con la nueva realidad social. Una sociedad compleja se ve obligada a renunciar a configurar algo así como una instancia central desde la que ordenar el funcionamiento de las distintas lógicas que intervienen en la sociedad. El mundo no puede ser gobernado por un Comité Central, por Google, por los expertos o el Ejército de Liberación del Pueblo, pero no porque estos sean malvados o tengan aviesas intenciones, sino básicamente porque su estructura para procesar la información y gobernar no se corresponde con la riqueza de los elementos, valores, información e inteligencia distribuida de una sociedad compleja. Pese a lo cual, la mayoría de los diagnósticos y propuestas políticas no renuncian a ello: la derecha sigue pensando en la comunidad y en la cohesión de un pueblo homogéneo; los liberales, en la soberanía del individuo y la infalibilidad de los expertos; la izquierda, en una transformación política de la sociedad. Son descripciones politizadas que sobrevaloran las posibilidades de acción colectiva por medio de intervenciones centrales. Unos tienen excesiva confianza en la capacidad del Estado para intervenir desde fuera y otros confían demasiado en los comportamientos individuales y en la capacidad de autocorrección del sistema. El programa liberal de resolver todos los problemas mediante la austeridad es tan insuficiente como la creencia de que se pueden solucionar a través de la participación o moralizándolos. Lo primero que nos enseña el enfoque de la complejidad es que la intervención en la sociedad tiene que realizarse mediante procedimientos más sutiles y combinados. Es cierto que los sistemas complejos están continuamente organizándose a sí mismos y este proceso no es com-

patible con el intento de controlarlos. En este punto tienen razón los liberales, pero no consideran la otra cara de la realidad, las ineficiencias de la autoregulación o los resultados indeseados de la agregación. El socialismo es más ambicioso en su intervención, pero frecuentemente menos consciente de sus límites. La política de la complejidad apunta a una combinación de ambos enfoques, en la medida en que acepta la complejidad del sistema, pero al mismo tiempo sabe que sus intervenciones tendrán una influencia en la realidad emergente de las sociedades.

1.3. MEJORAR LA DEMOCRACIA HACIÉNDOLA MÁS COMPLEJA

La idea de democracia que planteo en este libro pretende superar la contraposición entre democracia y complejidad sin que se resientan las aspiraciones democráticas ni la efectividad de los gobiernos. ¿Cómo pensar esta compatibilidad? Sin duda, siempre habrá tensiones irresueltas entre ideales que no son fácilmente compatibles, así como sensibilidades ideológicas más preocupadas por lo uno o por lo otro, pero lo que actualmente tenemos es más bien una incompatibilidad de principio y eso es lo que deberíamos ser capaces de superar. Mi hipótesis es que esa ruptura se produce por un déficit de complejidad de nuestras instituciones (en comparación con la de los problemas que deben resolver) que solo la sutura entre democracia y complejidad puede resolver adecuadamente. Una teoría de la democracia compleja puede constituir el marco conceptual más adecuado para articular exigencias que solo resultan contradictorias porque nuestra idea de democracia y nuestras prácticas de gobierno no se han abierto a la perspectiva de la complejidad. La democracia no es incompatible con la complejidad, todo lo contrario. Su dinamismo interno y su capacidad de autotransformación la convierten en el sistema de gobierno mejor preparado para gestionarla.

Pensar hoy la democracia requiere examinar la congruencia entre la complejidad del sistema y la de sus problemas. Hay un principio general de teoría de las organizaciones que advierte que el aumento de incertidumbre del entorno exige un incremento de complejidad del sistema en términos de capacidad de anticipación y respuesta (Wagensberg 1985, 48). Luhmann formuló a este respecto una teoría de la «complejidad adecuada» (1997, 134) que puede darnos alguna indicación acerca de cómo pensar actualmente la democracia: «La complejidad interna del sistema debe estar en una relación adecuada con la complejidad del entorno» (Luhmann 1970, 76). Los sistemas complejos necesitan una correspondiente arquitectura compleja de gobierno para su autoorganización. La cibernética lo planteaba como «la ley de la pluralidad exigida» (Ashby 1956, 298) porque solo la complejidad puede reducir la complejidad. Cuando más complejidad propia, más complejidad exterior se puede reducir, más amplio es el radio de la percepción y mayores son los ámbitos de juego de la decisión. La flexibilidad sería un caso de esa capacidad, por ejemplo, frente a una estabilidad indeseable; la simplificación (de sí mismo y del entorno) podría entenderse, por el contrario, como una consecuencia del déficit de complejidad propia.

Las organizaciones son «instrumentos de reducción de la complejidad» (Arrow 1974), pero hay buenos motivos para pensar que ese Estado moderno que Henri Lefebvre (1974) definió como el «gran reductor» de la complejidad de la sociedad es hoy un instrumento de simplificación indebida frente a los problemas que plantea una sociedad más diversa, unas tecnologías sofisticadas y un escenario global de interdependencias. Una democracia que gobierne las contingencias producidas por sus sistemas funcionales autónomos, sus interacciones y sus riesgos no puede mantenerse en las estructuras simples de la primera democracia. La arquitectura de la política clásica es infracompleja e inadecuada para los problemas generados por la sociedad actual; no tiene el correspondiente nivel de complejidad propia a la hora de

elaborar la información ni las competencias cognitivas ni sofisticados procesos de decisión. No es solo que cuanto más complejas sean las instituciones políticas, más estable y socialmente eficientes serán los resultados (Colomer 2001); tampoco se trata de rendirse con un gesto pesimista ante las exigencias contradictorias de la realidad (Zolo 1992). La complejidad es, para la democracia, algo más que una condición de eficacia o una aceptación de realismo; representa una oportunidad de completarla haciendo valer dimensiones que suelen ser desatendidas en la celebración unilateral de alguna de sus dimensiones.

Un ejemplo de la capacidad de tramitar la complejidad nos lo proporciona el historiador económico Joel Mokyr con su idea de que el Parlamento británico representó en su momento la mayor concentración de inteligencia de todas las instituciones de Europa (2009, 413). Gracias a la gran cantidad de informes acerca del mundo de que disponía, Inglaterra tenía mucha más información que el resto de las monarquías europeas, lo que permitió unas mejores leyes acerca de la propiedad y la industria que condujeron al crecimiento económico y la revolución industrial. ¿Están capacitados nuestros actuales sistemas políticos para tramitar una complejidad análoga?

El problema al que nos enfrentamos es también más amplio que el correspondiente a unas meras reformas políticas. Un cuestionamiento generalizado de nuestros modos de organizarnos exige toda una transformación de los modos habituales de gobernar. Venimos de un modelo de organización propio de la sociedad industrial con una estructura económica fordista, una formación de la voluntad política en el marco estatal, con unos itinerarios vitales más o menos bien definidos, una estratificación social estable y reglas claras para el ascenso social, además de unos roles también claros en cuanto a las generaciones y el género. Se trataba de un modelo estructurado por una administración estatal y una integración de los expertos, una combinación de capitalismo, Estado de Bienestar y progreso técnico-científico. La

nueva gestión de la complejidad tiene que habérselas, en cambio, con una dinámica propia más intensa de las distintas lógicas desagregadas de la sociedad, con los espacios globalizados cuya economía es difícil de regular y donde la autonomía política entra en colisión con la interdependencia, así como con las diferentes velocidades de los subsistemas sociales.

La política que opera actualmente en entornos de elevada complejidad no ha encontrado todavía su teoría democrática. Tenemos que redescribir el mundo contemporáneo con las categorías de globalización, saber y complejidad. La política ya no tiene que enfrentarse a los problemas del siglo XIX o XX, sino a los del XXI, que exigen capacidad de gestionar la complejidad social, las interdependencias y externalidades negativas, bajo las condiciones de una ignorancia insuperable, desarrollando una especial capacidad estratégica y aprovechando las competencias distribuidas de la sociedad civil. Si la democracia ha efectuado el tránsito de la *polis* al Estado nacional, de la democracia directa a la representativa, no hay razones para suponer que no pueda hacer frente a nuevos desafíos, siempre y cuando se la dote de una arquitectura política adecuada. Si la democracia liberal propia de la era industrial permitió hablar de la «inteligencia de la democracia» (Lindblom 1965), su utilidad y eficacia para una sociedad global del conocimiento son todavía una cuestión abierta. Una teoría de la democracia compleja como la que estoy proponiendo no es la solución de todos nuestros problemas, pero sí un primer paso para explorar y organizar un laberinto que en buena medida nos es desconocido.

Decía Robert Musil que «la diferencia entre una persona normal y una que está loca es que la normal tiene todas las enfermedades mentales, mientras que la loca tiene solo una» (1978, 1021). Siguiendo esa analogía podríamos afirmar que la diferencia entre una democracia compleja y una simplificada es que la primera trata de equilibrar –aun pagando el precio de la inestabilidad o la contradicción– valores, di-

mensionen y procedimientos diversos, en ocasiones difícilmente compatibles, mientras que la segunda entroniza uno de sus procedimientos –ya sea la voluntad instantánea del pueblo, las promesas de efectividad de los expertos o la estabilidad del orden legal– y desprecia todo lo demás. Si los seres humanos no nos volvemos locos es porque compensamos una desmesura con otra; algo similar ocurre con la democracia, que se mejora cuando se complica, es decir, articulando sus elementos de tal modo que se corrija la potencial deformidad de todo lo que no es contrapesado y limitado. Una democracia compleja es aquella capaz de orquestar equilibradamente todas sus dimensiones.

BIBLIOGRAFÍA

- ARROW, Kenneth J. (1974): *The limits of organization*, Nueva York, Norton & Company.
- ARZHEIMER, Kai / Falter, Jürgen (2002): «Die Pathologie des Normales. Eine Anwendung des Scheuch-Klingemann-Modells zur Erklärung rechtsextremen Denkens und Verhaltens», en Dieter Fuchs / Edeltraud Roller / Bernhard Wessels (eds.), *Bürger und Demokratie in Ost und West. Studien zur politischen Kultur und zum politischen Prozess*, Wiesbaden, Westdeutscher Verlag, pp. 84-107.
- ASHBY, W. ROSS (1956), *Einführung in der Kybernetik*, Frankfurt: Suhrkamp.
- BACKES, Uwe (2006): *Politische Extreme. Eine Wort- und Begriffsgeschichte von der Antike bis in die Gegenwart*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.
- BLYTH, Mark M. (1997): «Any more bright ideas? The ideational turn of comparative political economy», en *Comparative Politics* 29 (2), pp. 229-250.
- BURCKHARDT, Jacob (1922): *Briefe an seinen Freund Friedrich von Preen, 1864-1893*, Berlin, Deutsche Verlags-Anstalt.
- COLOMER, Josep (2001): *Political Institutions*, Oxford University Press.
- DAHL, Robert (1989): *Democracy and its critics*, New Haven, Yale University Press.